

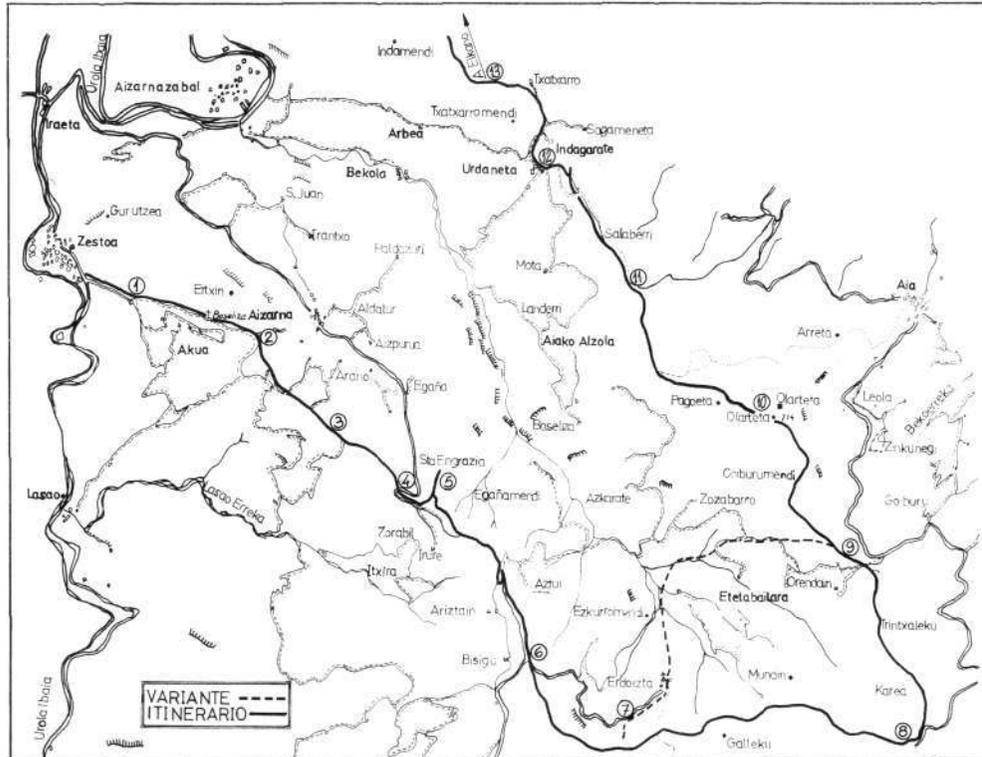
EL BARRANCO DE ALZOLARAS

Jesús M.^a Alquezar

El barranco de Alzolaras, en el macizo del Ernio, es uno de los tesoros que todavía guarda nuestra geografía. Ofrecemos hoy, presentados con todo el rigor de exactitud y el sentido poético y ecologista que caracteriza a nuestros dos colaboradores, dos ejemplos de los muchos recorridos interesantes, con un cierto aire de novedad, que se pueden realizar en nuestras montañas.

Jesús Mari nos acompaña por el fondo del barranco, desde el caserío Granada hasta la salida de Aizarnazabal, descubriendo rincones románticos y testimonios históricos. Antxon nos lleva por arriba, de Zestua a Zarautz, a través de un amplio arco sobre el barranco, luchando por seguir los viejos caminos, esos que al pisarlos hacen que nos sintamos formar parte de un pueblo que los ha usado desde tiempos inmemoriales.

Los relatos pueden seguirse minuciosamente en el mapa ERNIO, escala 1:25.000, obra de Imanol Goikoetxea, del Aranzadi Zientzi Elkartearen, Espeleologi Taldeak.



El macizo del Ernio y el macizo del Izarraitz, cercanos, separados por el valle del Urola, son montañas que destacan y se reconocen en relación a otras del sector. Su configuración rocosa y sus alturas sobrepasando los mil metros se levantan sobre todas las del entorno. Pero en sus proximidades, entre suaves montañas, ondulaciones que se estiran hacia la costa, la naturaleza ha trabajado la tierra y ha trazado una profunda brecha, en un lugar, me atrevo a afirmarlo, poco conocido de nuestra geografía. Es el barranco de Alzolaras, en cuyo seno guarda celosamente las aguas de las errekas Granada y Alzolaras, hasta que desembocan en el Urola por Aizarnazabal.

Alzolaras —su nombre proviene del barrio de Alzola de Aia, que se asienta en la ladera occidental del monte Pagoeta— es un paso fácil para adentrarnos en Kostaldea desde las tierras del Ernio. A pesar de ello, es un lugar poco visitado, quizá porque el marchador busca siempre las crestas despejadas, desconfiando de las rutas que pierden bruscamente altura, en busca de lo desconocido. Su perfec-

ta delineación, encajonada entre las vertientes verticales de Pagoeta y Santa Engracia, evoca otras épocas, cuando los primeros habitantes euskaldunes escogieron este lugar como habitáculo para su existencia, convencidos de su seguridad ante las adversidades que prevenían. Y asentaron sus caseríos, rehaciendo su vida, en un rincón tan apartado, donde seguramente no serían fácilmente descubiertos en caso de peligro. ¿O bien, había otras razones? Son reflexiones que nos hacemos al compás de nuestros paseos por el fondo del barranco, cuando observamos y visitamos los bien conservados, y algunos aún habitados, caseríos bien alejados de los núcleos rurales más próximos.

Los barrancos han sido para mí un paisaje desconocido, al haberlos intentado evitar en nuestros recorridos por montaña. Cuando al fin nos hemos decidido a explorarlos, a destrepar sus farallones, siempre hemos encontrado razones para cantar excelencias de lo allí hallado, de las situaciones vividas, dado que todos esos lugares encerrados entre profundos

riscos mantienen indescifrables secretos y abundantes huellas prehistóricas de insospechado valor.

No podía ser menos el barranco de Alzolaras. En su hundida base descubrimos importantes cuevas con yacimientos arqueológicos donde no se agota el estudio de la raza por medio de grupos de ciencia de todo Euskal Herria. Citamos las cuevas de Errala, Amalda, y las contiguas Arbelaiz I, II y III, entre otras. Es, por tanto, una montaña llena de historia que esconde detalles de un pueblo apegado a su pasado y a sus tradiciones.

Al zambullirnos en la angosta cicatriz que ha separado las tierras de Zarautz de las de Aizarna y Cestona (Zestua), nos sorprendemos al encontrar una belleza llena de romanticismo, primitiva, razón de la existencia de un pueblo y de su diferenciación con otros.

Un río que corre saltarín, de aguas limpias donde subsisten especies piscícolas siguiendo los meandros, en cuyas lindes se levantan robustos caserones, nos obliga a pensar en otros siglos y en aquellos



Lavadero en Aizarna que, aunque en desuso, se conserva intacto. Una prueba más del espíritu de conservación de unas tradiciones.

Calera (Karobia) perfectamente conservada en el corto y cerrado valle de Aizarna.

pobladores, tan íntimamente aliados al paisaje, cuya filosofía de la vida era muy diferente a la actual. De estos lugares se ha tallado un carácter serio, quizá desconfiado, pero que abre las puertas a todo nuevo visitante; que amaba la tierra, la cuidaba y la cultivaba como si de un tesoro se tratara. Ahora, cuando la montaña se degrada, cuando felizmente descubrimos estos parajes en excelente conservación, es cuando nos lamentamos de la época en que nos ha tocado vivir y pensamos el porvenir que espera a las futuras generaciones.

LOS PUEBLOS Y LUGARES QUE CIRCUNDAN ALZOLARAS

Aizarnazabal, Zestua, Aizarna, Santa Engrazia, Erdoizta, Granada, Etumeta, Komisolatza, Iturriotz, Alzola de Aia, Urdaneta, Elkano, son pueblos y puntos importantes que dominan y contornan el barranco de Alzolaras. Todos ellos son muy nombrados y transitados por la sociedad rural, pero no tanto por la montañera, que es atraída cada vez más por las «alturas».

Las razones pueden ser claras al tratarse de una geografía de suave delineación donde no destaca ninguna cota significativamente, en contraposición con los cercanos Ernio e Izarraitz, los «reyes», para la gran masa de los viajeros de la montaña.

También la mano del hombre ha actuado irreversiblemente, alterando la naturaleza, construyendo carreteras vecinales, trazando pistas. Las primeras, necesarias

para la comunicación social del colectivo rural, las segundas para facilitar la infrenable plantación de coníferas. Ello conlleva que el moderno «transhumante» evite expresamente los itinerarios en que los viejos caminos desaparecen sin remedio, que son frecuentados con medios motorizados para visitar los citados lugares. Todo ello en perjuicio del caminante «puro» que busca el bucólico paisaje, y que al encontrar dificultades para completar la ruta señalizada, abandona, alejándose del antaño hermoso paisaje vasco.

Tierra, que por cierto, fue atravesada por ilustres viajeros o peregrinos, como Humboldt, que tan admirablemente describió el paisaje y la sociedad en el año 1901 y San Ignacio, cuya trayectoria es de todos conocida.

A pesar de los inconvenientes opinamos que el sector no desmerece y el caminante deberá pisar los lugares citados si desea y se decide a conocer en profundidad este espacio de nuestra montaña. Deberá hacerlo a la mayor brevedad, si desea seguir o imaginarse la senda de los antiguos pobladores, antes de que se pierda para siempre.

SITUACION GEOGRAFICA DE ALZOLARAS

El barranco de Alzolaras pertenece al macizo del Ernio. La cabecera nace en las proximidades del caserío Granada, de antiguos propietarios de ilustre linaje, actualmente también «venta» donde pueden

degustarse algunos excelentes menús, destacando las truchas y el cabrito.

Allí brota Granada-erreaka, situada al N./NE. del monte Gazume, y enfila hacia tierras de Kostaldea, para convertirse en el Alzolaras al arrinconarse en el valle para, tras una búsqueda minuciosa de la ruta, verter aguas al Urola a la altura del barrio de Kiriboga de Aizarnazabal. Su caudal se irá engrosando al recoger aguas de las vertientes de Pagoeta y Santa Engrazia que quiebran las laderas de ambas montañas en su violento transcurrir.

Cuando caminemos aguas abajo o arriba, además de deleitarnos con el paisaje, nos detendrá sorpresivamente la aparición de importantes caseríos, ubicados en lugares estratégicos, dominando excelentes terrenos para el cultivo y pastos. Caseríos, palacios, molinos, caleras (karobiak), puentes rústicos de madera, en una exuberante vegetación, dan vida a este valle escondido, donde las tradiciones se mantienen entre los pocos baserritarras que lo habitan.

COMO LLEGAR A ALZOLARAS

Las dos «puertas» al Barranco de Alzolaras, para conocerlo en su totalidad, son: Aizarnazabal, por el barrio Kiriboga, en su desembocadura, y el caserío Granada por la cabecera.

Para los que llegan en coche, Aizarnazabal, en la cuenca baja del Urola, en un altozano rodeado por un gran meandro del río, a la derecha de la carretera Zarautz-



En las lindes se levantan robustos caseríos, cuyos propietarios cuidan y cultivan la tierra como si de un tesoro se tratara.



Nos dejamos guiar por el río que corre saltarín, de aguas limpias formando meandros.

Azpeitia y a 10 kilómetros de la villa costera.

Para aproximarnos al caserío Granada existen dos posibilidades. Desde Azpeitia, hay que tomar dirección a Errezil (Régil) y dos kilómetros antes, en Benta-Berri, variaremos el rumbo al N., a la izquierda hasta la venta de Etumeta y Granada. Antes, siguiendo una bifurcación a la derecha podemos visitar la circular ermita de Erdoizta.

Si por el contrario escogemos la vía de la vertiente N. del Ernio, debemos alcanzar Andazarrate para llegar hasta la venta de Iturriotz. Desde allí es recomendable caminar los 5 kilómetros que nos separan de Granada. La carretera no se halla en buen estado y podría imposibilitarnos el regreso.

CAMINANDO POR EL VALLE

Es una deliciosa ruta, siguiendo en su mayoría el curso del río. Aguas abajo podemos seguir el «viejo camino» que se conserva hasta las cercanías del palacio de Alzolaras.

Al emprender los casi 10 kilómetros que tiene de longitud el valle, ignoramos lo que va a dar de sí el itinerario escogido. En los parajes circundantes la flora autóctona casi ha desaparecido, sustituida por las coníferas, más fructíferas. Sin embargo, perdiendo altura, observamos hayas, robles y castaños y en el fondo de la barranca se mantienen los prados en lugares inverosímiles y en sus cercanías un caserío de inusitada belleza figura como vigilante eterno de unas tierras que uno diría no tener dueños.

El camino sobrepasa el caserío Aztui obligándonos a saltar de una margen a otra, brincando sobre pequeñas rocas posicionadas estratégicamente para tal menester, pero con riesgo de resbalar y caer

sobre el lecho del río que ya transporta abundante agua, que murmura al chocar con las rocas erosionadas del fondo. En numerosas ocasiones repetimos esa acción, que es divertida, en lugar de bordear las lindes.

Y de repente el cañón se estrecha, bajo Santa Engrazia, y durante un par de kilómetros nos imaginamos sumergidos, no en estas tierras bajas sino a muchos metros de altitud. Las vertientes Oeste, las de Santa Engrazia y Egaña-Mendi, son accidentadas y verticales, cubiertas de desordenada vegetación, perfilando la estrechez y nos invita a mirar hacia el cielo, hacia las cimas. Al Este, la ladera de Pagoeta, desprovista de maleza, es verde y suave, y allí a media ladera a unos 400 metros s.n.v.m. se construyó Alzola de Aia, donde destaca su amplia iglesia, único pueblo que aún no posee carretera vecinal y donde es necesario el andar para visitarlo.

Es un bello paisaje, diferente, sin dilatado panorama, intimista, bucólico, romántico. Hay que caminar en silencio bajo fluorescente flora, donde en ocasiones la senda se borra y se cubre de maleza, a causa de la inasistencia de caminantes.

Tras la parte más agreste, el valle se despliega, y no por ello desmerece, pero ya la mano del hombre se perfila. En la margen izquierda nace una pista, que ha facilitado la plantación de coníferas en diferentes prados, antes espacios verdes, que evocan almuerzos al aire libre, a orillas de un río, que serviría para refrescarnos, bajo un sol de verano.

El viejo camino desaparece y luego vuelve a encontrarse pero con tendencia a ganar altura, alejándose de la orilla. Nos vemos obligados a seguir la pista. Aun todo es silencio y paz, hasta el caserío Errezabal, donde rebasamos el río por un

medio destruido rústico puente de madera que da paso ahora a una pista carrozable hasta donde llegan los automóviles que provienen de Aizarnazabal. Es por ello que en domingo siempre nos cruzará alguno y quizá sea recomendable completar las excursiones en un día de labor para no perder la privacidad.

Cercanos se hallan el palacio de Alzolaras y el caserío Errota-Txiki, en el cruce del camino que de Aizarna se dirige a Zarauz por Urdeneta. El palacio fue diezmado por un incendio, pero aun ostenta algún ventanal ojival. Se considera que Fray Juan de Alzolaras (siglo XVI) nació aquí. De la orden de San Jerónimo, patriarca-obispo de Canarias, acompañó al emperador Carlos V en su retiro de Yuste. Es un personaje muy popular del valle.

Es un lugar idóneo para detenernos, para descansar. El punto estratégico para el enclave del palacio.

No nos queda más que el último tramo, antes de la desembocadura. La pista ha relegado al antiguo camino que se ha perdido para siempre. Dejamos atrás el caserío Olalde y el molino Bekola nos detiene. Su construcción y conservación nos cautiva. El agua se canaliza y penetra en el pabellón destinado a molino para dar la fuerza motriz y aparece formando una ruidosa cascada. Es tema para fotografiar. Aunque en desuso, su conservación está intacta, tras haber servido durante muchos años para moler el trigo y el maíz de los caseríos próximos.

Guiados por las montañas que pierden altura por ambos lados del valle, sin apresurarnos, sabemos que pronto pisaremos la carretera. La montaña recupera sus plantaciones de pinos. Atrás ha quedado una tierra y unos testimonios que se esfuerzan en no perder completamente su personalidad.

ITINERARIOS PARA CONOCER LAS TIERRAS DE ALZOLARAS

Este reducido sector del macizo del Ernio, tiene su importancia y varios itinerarios pueden idearse para el conocimiento general. Con todo tipo de horarios, podemos conjugar las largas marchas, sin salvar grandes desniveles, con deliciosos paseos de horario medio. Esquemáticamente citamos algunos ejemplos:

Zestua (Cestona) - Aizarna - Santa Engrazia - Collado Komisolatza - Venta Iturriotz - Collado Atzu - Zelai - Pagoeta - Zarautz

Es la mejor travesía para circundar por los altos el Barranco de Alzolaras. Es una excursión de categoría, por la historia que guardan los parajes por donde se camina, y en otro espacio publicamos reseña de excursión.

Zestua (Cestona) - Aizarna - Ermita de San Pelayo - Barranco de Alzolaras (Palacio) - Urdaneta - Zarautz

Es otra preciosa excursión que atraviesa el barranco por el lugar donde se construyó el Palacio. Aunque los viejos caminos han sido sustituidos, en su mayor parte, por pistas, aún puede sentirse la forma de vida de una colectividad rural misteriosa que lucha por no desaparecer. La única dificultad es el desnivel que hay que perder hasta el fondo del valle, para recuperarlo a continuación hasta Urdaneta. Puede alargarse el itinerario, pisando la cima de Indamendi y descender a Zarautz por la ermita de la Santa Cruz.

Aizarna - Santa Engrazia - Barranco de Alzolaras - Aizarnazabal

Completo paseo montaño, en el marco incomparable del corto y cerrado valle de Aizarna, olvidándonos por completo de la carretera que conduce hasta la venta de Santa Engrazia, al pie del picacho que domina todo el contorno. Nos costará poder ser conducidos por el viejo camino, que tras los primeros caseríos encuentra dificultades para subsistir, cubierto de maleza. La visita a la ermita de Santa Engrazia es obligada para hundirnos a continuación hacia el barranco, bien por el camino que se inicia junto a la venta o por el que se abre paso en un pinar, enfrente al caserío Arritxueta, a 1 kilómetro de la venta de Santa Engrazia, rodeando Egaña-Mendi y alcanzando el valle por el caserío Aztui. Seguidamente, la ruta es la travesía del valle hasta Aizarnazabal. Si hemos aparcado el automóvil en Aizarna, el conductor puede recuperarlo, abandonando el valle al Oeste, desde el palacio.

Aizarnazabal - Caserío Granada

Es la ruta más sencilla para explorar el valle de Alzolaras siguiendo el curso del río. Admirable excursión que dejará un grato recuerdo y que puede continuarse hacia Iturriotz y Andazarrate.

Zarautz - Indamendi - Illarratzo - Pagoeta - Alzola de Aia - Barranco de Alzolaras - Aizarnazabal

Es otra variante por tierras de Kostaldea, cuya meta será la cumbre de Pagoeta, excelente mirador del macizo del Ernio e Izarraitz y la visita de Alzola de Aia además del reconocimiento de parte del Alzolaras.



Caminando hacia Santa Engrazia.

POR TIERRAS DE ALZOLARAS

Antxon Iturriza

Es bien sabido que el carácter de un pueblo no se improvisa, sino que se va forjando día a día en el fuego lento de los siglos. Partiendo de esta consideración y en unos tiempos en que estamos asistiendo a una alteración acelerada de la fisonomía de nuestros paisajes urbanos y rurales, son dignos de ser subrayados ejemplos como los dados por los habitantes de Zestua (Cestona), que al tiempo que saben abrirse cada temporada a los veraneantes achacosos que buscan alivio a sus dolencias en las aguas de su célebre balneario, se han esforzado en conservar contra la fiebre de la piqueta los testimonios más significativos de la ya larga historia de esta villa, que Juan I fundara en 1383.

La iglesia parroquial, la puerta dovelada de sus antiguas murallas, el palacio de Lili, la plaza empedrada de su ayuntamiento, son buenos exponentes de lo que puede hacer una comunidad pequeña a pesar de los pesares. Y digo esto al recordar la polémica desatada hace ahora trece años en torno a la restauración o derribo de la ermita de San Juan, cuyo coste, en aquel momento se estimó en medio millón de pesetas. Y repasando los periódicos de aquel momento, podemos encontrar a quien se cuestionaba «si la ermita de San Juan merecía tal gasto y sacrificio».

En la mañana dominguera, sin quitarme la mochila de la espalda, me he detenido por unos instantes a contemplar la austeridad elegante del entramado de madera de la ermita, hoy fielmente reconstrui-

da, y con la perspectiva que proporcionan los años transcurridos pienso que la pregunta formulada por alguien con poca visión del futuro y poco respeto al pasado, tuvo una adecuada respuesta en unos vecinos que con su esfuerzo y trabajo personal reconstruyeron la ermita y le demostraron que la historia de un pueblo no se puede vender por unas monedas.

CAMINANDO DESPACIO...

Junto a esta ermita, cuya construcción L. P. Peña fija entre los siglos XVII y XVIII en su libro «Ermitas de Guipúzcoa», comenzamos nuestra andadura tomando la ruta de Aizarna, hoy asfaltada en su primer tramo. Poco más adelante nos encontramos frente a un pequeño humilladero conocido por «Santutxo» y también restaurado por los vecinos. Este cruce nos marca el arranque de una ancha calzada empedrada que camino de Aizarna corta las laderas de Ertxin.

Es éste uno de esos caminos que gusta recorrer despaciosamente; de los que hacen al caminante sentirse viajero en el paisaje y en tiempo. Le miro y me mira esa mole dominante del Izarraitz, cayendo en vertical sobre las orillas del Urola; le miro y me mira esa barranca de Golzibar, que guarda en sus cuevas de Ekain la mejor muestra de arte rupestre encontrado hasta ahora en nuestras montañas; le miro y me mira al pasar esa pequeña ermita de la Concepción, que marca la ruta del valle de Aizarna...